con tanto martirio de dolores, que le hubieran quitado la vida, si Dios con su particular Providencia no se la hubiera conservado. Y aunque estos accidentes pudieran ser motivo para salir de las misiones y venirse á la provincia á tratar de su salud, no quiso el muy fervoroso Padre salir de ellas ni desamparar el campo, con mayores alientos que cuando seguía la temporal milicia en el siglo. Aunque considerando el Superior, que por la pesquisa que habría de hacer el capitán de Presidio sobre este caso, podrían los parientes de los agresores intentar otra vez la muerte del Padre, determinó quitarle de ese peligro y que pasase á emplear su santo celo en ayudar la cristiandad del río de Yaqui, como se hizo, ejercitando su santo fervor el P. Diego Vandersipe, con grandes esfuerzos y nuevo ánimo por lo restante de su vida en este nuevo partido, donde no fueron menores los frutos de esta doctrina y trabajos santos hasta su dichosa muerte.

§ IV.

Heroicas virtudes del P. Diego Vandersipe y su santa muerte.

Más de treinta años estuvo este siervo de Dios en las misiones de Sinaloa, tan ocupado en sus ministerios y con tanto celo de la salvación de las almas, y tan olvidado del amor y memoria de su patria, que solía por gracia decir que era natural de Culiacán (Villa que está á la entrada de la Provincia de Sinaloa), sin poderle jamás reducir á que escribiese á su tierra ó parientes, que desde luego procuró con toda resolución borrar todo eso de su memoria, con tanto despego, que huía de los flamencos seculares que le iban á visitar en España, remitiéndolos á los compañeros que iban con él; lo cual procedía de haber entendido que conociéndole algunos lo culpaban á él y á su Provincial, porque siendo de ilustre nacimiento y muy á propósito para Flandes, le había concedido el pasar á las Indias; y cuando llegó á sus oídos esta queja, indignándose dijo: que era tan malo y tan inútil, que si con fin de librarse de él le hubieran quitado de Flandes, hubieran hecho mucho servicio á Dios y bien á la Compañía. Y sucedió, que concurriendo algunos señores flamencos principales en Cádiz á visitarle, se escondió, de manera que no pudiéndole hallar, como le afeasen aquel retiro sus compañeros, quiso satisfacerles con una respuesta de no menos edificación que las pasadas, diciendo que aquellos señores habían conocido y tratado en Flandes á muchos Padres muy graves y de grande caudal, y «yo (añadió) soy un tonto; háblenles vuestras reverencias, que les ha dado Dios muy grande caudal y talento;» y á otro Padre dijo más particularmente que se había retirado porque aquellos nobles flamencos conocían á un cuñado suyo que actualmente era Gobernador de una de aquellas ciudades, añadiendo: «no tiene él comparación conmigo ni yo con él, porque aunque él es hereje, es muy noble, y yo no fuí más que un soldado que apenas merecía ese nombre; y así, no quiero que por lo que él tiene de ilustre humano hagan estimación de mí, no teniendo yo cosa buena.» Exhortándole un Padre flamenco que escribiese á sus deudos, le respondió que quizá escribiría de México; pero que con eso habría concluido para toda su vida con Flandes; entristecióse el otro Padre diciéndole que qué mal

había recibido de Flandes ó qué le había descontentado en los Padres de su Provincia, ó qué daño le harían ó estorbo para adelantar la devoción algunas cosas que de allá le remitirían si les escribiese? Respondió: «cuanto á los Padres, son muy santos los que hay en Flandes; cuanto á los prójimos, darles hé lo que tuviere como Padre y como Hermano; cuanto á Flandes, no necesito de él sino olvidarlo.» Y lo olvidó tan de veras, que nunca más en su vida se acordó de su tierra, viviendo entre los indios de Sinaloa y en los trabajos incesantes de sus ministerios, con tanto gusto, como si toda su vida se hubiera criado en la extrema necesidad que padecía y amaba, con falta á veces de lo muy necesario para la vida; pues su ordinario sustento era, cuando mejor lo pasaba, pan de maíz y tasajos de vaca cocidos en agua, y aun esos no siempre los tenía. Su vestido era pobrísimo; nunca se calzó más que unas botas de badana y zapatos que traía muchas veces sin suelas, ni otra camisa sino la que traía puesta, hasta que se rompía; sus libros, fuera de su Breviario y Diurnal, eran muy pocos, y esos de devoción, como el de las Meditaciones, del P. Buseo, y el *Contemptus mundi*, sin otras comodidades ni alhajas; y con ser tan extremada para consigo la pobreza de este siervo de Dios, era de tanta generosidad de ánimo para con los pobres, que si hallándose con algunos seglares en conversación llegaba á pedir limosna un mendigo, al punto se apartaba á buscar algo, aunque fuese un pedazo de pan, y rasándosele los ojos de lágrimas, le decía con su sincero lenguaje: «ten paciencia ahora, pobre, que representas á Jesucristo, que después Dios te hará muy rico en el Cielo.» Habíanle llevado de México parte de la limosna que el Rey da á los misioneros en lienzo, de que estaba muy necesitado, y un Padre á quien no le habían llevado ropa le pidió cuatro varas de limosna; en oyendo decir de limosna, se le saltaron las lágrimas, y repitiendo: «de limosna, de limosna,» entró en su aposento y se las dió, queriendo padecer él la necesidad porque su Hermano y compañero no la padeciera.

Conforme á su pobreza fué su humildad, resplandeciendo no sólo en el despego con que trataba los nobles lucimientos del mundo (como se ha dicho), sino en reconocerse por ínfimo á los demás; pidiendo consejo y dirección á otros de estado inferior, para regular sus acciones. Dió una vez á los Padres de su navegación la ropa interior que traía de invierno; y aunque él, como Superior que era de los otros, podía hacerlo, con todo, consultó á un Hermano estudiante de los que navegaban con él si podía darla; porque aunque él hacía oficio de Superior por haberlo ordenado así el Padre Provincial, pero viniendo otros Padres, por ventura no dejaría de ser alguno de ellos asignado Superior suyo en lo espiritual; sin cuyo beneplácito no podía lícitamente disponer él de cosa alguna: escrúpulo fué éste nacido de su humildad, que por otra parte no era escrupuloso, y de que no se aquietó hasta que el Hermano estudiante le dijo que no podía creer que el P. Provincial hubiese señalado otro Superior suyo secretamente, y que le parecía ser ésta traza del enemigo, para impedir el socorro que quería hacer á aquel pobre: «eso es sin duda, eso es,» dijo el P. Vandersipe, con lo cual quedó sosegado su espíritu. En la primera plática que hizo á sus navegantes en el navío, dijo algunas palabras ó términos que no sonaban bien en el lenguaje español, los cuales movieron á los oyentes á risa; pidióles el buen Padre perdón, de que no sabiendo su lengua los cansaba, y que

por amor de Dios tuviesen paciencia. No quería volver á platicar más; pero los mismos le rogaban muchas veces que continuase sus pláticas, engolosinados del fervoroso espíritu con que las hacía; y un anciano pasajero le instaba con estas palabras: «Padre Diego, el demonio es el que le disuade que no haga pláticas; mucho nos reimos de su palabra, «pero él cargado de peras» (había querido decir el Padre en su plática, peral cargado de peras); mas yo le aseguro que las peras se han convertido en mastines, que me mueven y me quitan muchos ratos de sueño, y me hacen gemir y temer. Deseo mucho confesarme de espacio.» Razón que obligó al Padre á proseguir con sus muy fervorosos sermones.

La caridad, junta con prudencia de este ferviente siervo de Dios, se echará de ver en una ocasión que se le ofreció en este viaje. Venía en la nao con el P. Diego Vandersipe, un Hermano nuestro, Coadjutor, que después fué bien nombrado y venerado en México por su mucha capacidad, religión y virtud, y fué Procurador General muchos años de esta Provincia. Era cuando venía de España el Hermano Toribio Gómez (que así se llamaba), novicio, y tenía á su cargo el disponer la comida de los demás Religiosos; traíala el Hermano muy mal sazonada á la mesa, y del mal tratamiento que él á sí mismo se daba, andaba siempre tan pálido que parecía un difunto, y con este semblante y algunas acciones de hombre asimplado que hacía, le tenían por tonto los navegantes y era motivo de risa para aquella gente. Sentía mucho el P. Vandersipe la burla que se hacía del Hermano, advertíaselo muchas veces, y no se enmendaba, con que entendió el Padre que era incapacidad natural de aquel Hermano; y deseando hallar el remedio, lo consultó con otro casi novicio, que iba en la misma nao; y entendiendo de éste que el Hermano Toribio, leyendo la vida de San Juan de Dios, y siendo en el siglo hombre de mucha capacidad, había propuesto el fingirse loco por Dios; le mandó expresamente que mudase estilo, diciéndole seriamente: «Hermano, si quiere que esto se lo agradezca Dios, hágalo con juicio; y cuando juzgare que no lo tiene, pídaselo á Dios, que Él se lo dará.» Obró de modo en el espíritu religioso del Hermano Toribio aquesta dirección prudentísima, que ya la risa del navío se vino á convertir en respeto y veneración de su mucha virtud, tanto que el anciano pasajero de que hicimos mención, decía: «¿Qué es esto, Padre? Mucho deben á esta nao, pues nos trajeron un Toribio tonto y se les ha vuelto un San Diego.» Y hasta los pajecillos de la nao le llamaban Toribio el santo tonto. Como esto aprovechó la prudente advertencia que dió el P. Vandersipe á este Hermano, que le duró toda la vida, porque casi veinte años que fué Procurador General de la Provincia de México, dió singulares ejemplos de religiosas virtudes, como en la relación de su vida queda dicho.

La oración del P. Vandersipe fué continua; en la navegación no se desnudó jamás, pasando las noches enteras en contemplación santa, á que se prevenía de parte de noche por un libro del P. Buseo, meditando los puntos como si los hubiera de tomar de memoria; y entre día se le caían de la boca algunas jaculatorias devotas, repitiendo á menudo el Himno de San Pedro Damián, en que se significan los afectos de una alma cuyos deseos caminan al Cielo. Y el recogimiento de sus sentidos y compostura de su semblante, fué siempre de hombre que trataba continuamente con Dios. Traslucíase la apacibilidad de su alma

en una modestia angelical y virginal vergüenza, que componía y causaba respeto á los que le miraban; y fué tan recatado en esta materia, que viendo en manos de un Hermano estudiante un Virgilio, se lo pidió con todo el agrado del mundo, y de allí á un rato, volviéndoselo, le dijo que le agradecía mucho el no tener aquel libro algunas obrillas que andaban en otros; y preguntando cuáles, respondió en latín (que me ha parecido poner aquí, porque se echa de ver la sinceridad de su lenguaje): *Si non legisti facias et existima me nihil dixisse;* y respondiéndole el Hermano: *Fortasis id dixisti propter....* Aquí le atajó la razón, prosiguiendo: *Nihil prorsus ulterius loquaris sed siquid indignum in alio libro vel legisti, vel audisti, id quidquid sit tamquam religiosis auribus prorsus indignum ne proferto repressa sunt hæc, et similia a ministris tribunalis fidei, quæ tamen illa sint haud quidquam vidi hactenus, sed neque videbo.* Palabras todas que denotaban el singularísimo recato con que vivió siempre este religiosísimo Padre, de que no se pudiese empañar el corazón con el pensamiento más mínimo contra toda pureza. Otra vez, hablando en manera de quiete, de la puntualidad de la obediencia, dijo uno: «para obediencia puntual, la de la milicia;» y aquí, casi con indignación, respondió el Padre: *Nil prorsus boni reperitur in militia, obediunt, sed non ex virtute, quoniam tantum accurrunt ex timore, ad id quod imperatur. Nihil omnino laudes in militia, quoniam ipsa malum necessarium est.* Y dándose al mismo punto él á sí mismo dos golpes en el pecho, parecía le brotaba fuego del rostro, dejando á los presentes edificados, y entendiendo que con ocasión de la milicia se le habían acordado algunas palabras ó desórdenes de los soldados en el siglo, cuya memoria le ofendía mucho.

De la virtud de la paciencia de este perfecto varón se pudiera decir mucho, porque fué admirable; pues habiendo vivido treinta años en las misiones con tantas descomodidades y trabajos, nunca se le oyó queja ni exasperación en el ministerio contra ninguno, ni español ni indio, ni en el prolongado martirio de achaques y llagas que le resultaron del flechazo que recibió, padeciendo gravísimos dolores tantos años, lleno de fístulas, cerrándose unas y abriéndose otras, con grande conformidad con la voluntad de Dios y alegría de verse padecer por el amor de sus ovejas y queridos indios, y por haberles predicado la Doctrina de Cristo y puéstoles en el camino de salvación. Habiendo, pues, trabajado tantos años este soldado de la milicia de Jesús, se le llegó el tiempo de recibir el premio y paga merecida de sus santos trabajos, y sobre los pasados le ocurrieron al pecho unas reumas que le vinieron finalmente á ahogar, previniéndose para este último trance con unos ejercicios de diez días, á que poco antes se había recogido en la morada del Superior de aquellas misiones, con tanta penitencia de cilicios y disciplinas, que era menester irle á la mano. Y habiendo llegado un domingo por la tarde, dijo que moriría aquella noche; y preguntándole varias veces si tenía alguna cosa que le diese pena, respondió con el rostro muy alegre que nada, nada; y recibió los Santos Sacramentos, y muy atento siempre á cualquiera cosa que se le hablaba de Dios. Le llamó su Divina Majestad para premiarle sus religiosas virtudes y santos empleos aquella misma noche que él había dicho, al amanecer, para que gozase del día glorioso de la eternidad.

Murió el apostólico varón en un pueblo del Río de Yaqui, á los 10 de Enero de 1651, de edad de 67 años, en sus amadas misiones de Sinaloa

y entre los pobres indios, que desde Flandes á tan remotas regiones con tantas ansias había venido á buscar, no con otro fin que para encaminarlos al Cielo, como en efecto fueron casi innumerables las almas que allá encaminó, de párvulos y adultos que bautizó, sin otros muchos, que aunque él no los bautizó, los sustentó en la fe y con la leche de su católica doctrina y celestial enseñanza. Conocí á este bendito Padre, y desde el punto que le ví me pareció un ángel; y después, desde sus misiones, me comunicó con algunas cartas que me escribió, en que por una parte daba muestras de la singular humildad de que Dios le había dotado, y por otra del ferviente celo que siempre tuvo de la salvación de las almas; y siempre le miraba como á uno de los confesores de Cristo, que por la predicación de su santísima fe había derramado su sangre y ofrecido su vida, porque la herida que recibió fué suficiente para quitársela, si Nuestro Señor, con su particular providencia, no se la hubiera conservado para que el martirio fuese más prolongado, y ese le durase por muchos años, hasta el dichoso fin de la santa vida que en esos años ejercitó.

CAPITULO VIII.

Vida, virtudes y apostólicos ministerios del P. Pedro Zambrano, que por tiempo de treinta años se empleó en la predicación del Evangelio en las misiones de Sinaloa.

§ I.

Su venida á la Nueva España, sus primeros empleos que tuvo en las misiones de Sinaloa, y casos maravillosos que le sucedieron.

Nació el P. Pedro Zambrano en la Villa de la Ribera, en Extremadura, de padres piadosos y nobles; tuvo su noble padre gran cuidado de imprimir la virtud en sus hijos: el P. Pedro Zambrano, entre sus hermanos, con otro, que fué el P. Juan Blanco, entraron en la Compañía. Tuvo por maestro de novicios al P. Diego de Sosa; pasó á esta Provincia de Nueva España, en ocasión que volvía á ella el P. Nicolás Arnaya. Fué siempre notablemente amado y querido por su condición apacible y urbanidad religiosa, así siendo estudiante como siendo Procurador del Colegio de México algunos años, oficio que ejercitó con aprobación de los Superiores; el de 1622 pasó á la Provincia de Sinaloa con el P. Hernando de Villafañe, Visitador que fué de aquellas misiones, adonde luego que llegó le señaló el Superior para que en el Río de Mayo se encargase del partido de Santa Cruz, donde le cupo buena parte de los bautismos de adultos que faltaban por bautizar; aquí comenzó luego á trabajar incansablemente, edificando Iglesias y labrando casas, que dos ó tres veces las asolaron las copiosas avenidas del río; pero su primer cuidado fué aprender con gran perfección la lengua sinaloense, tanto que las más de las noches leía algo de ella, aun después de ser consumado maestro en ella.

Desde luego comenzaron á lucir en el Padre sus grandes virtudes, llevando la delantera la que es madre y reina de las demás, esta es la caridad, que mostró y ejercitó así en lo espiritual como en lo temporal, con afecto de padre y madre de todos los pobres. Desvelábase principalmente la atención de su caridad en la suma puntualidad de la administración de los Santos Sacramentos, extirpación de vicios y predicación de la palabra evangélica, acudiendo al ministerio de mil seiscientos vecinos de los pueblos que tenía á su cargo; gastaba lo más del año atareado al confesonario, confesando cuatro ó cinco mil almas; las doctrinas y sermones eran sin faltar un punto á las obligaciones de un varón apostólico, atendiendo con especialidad en dar á conocer los engaños del demonio en las hechicerías que suelen reinar en gentes bárbaras y nuevas en la fe. Y cuando con sus grandes hambres se retiraban los indios veinte ó treinta leguas á buscar su sustento, en tales ocasiones, como no podían venir al pueblo, salía el santo celo del Padre á penetrar los más tupidos y espinosos bosques, y á montar los riscos más empinados, tal vez á pie, hasta conducirse á rancherías, adonde levantando una ramada de ramas de árboles, confesaba á los necesitados, bautizaba á los párvulos, sacramentaba á los enfermos, á quienes socorría con bastimento que llevaba prevenido, gastando en este santo empleo en varias rancherías buena parte del tiempo que duraba la hambre, hasta que lo era de la siembra, dándoles hasta la semilla que habían de sembrar. No fueron pequeños los trabajos y peligros en que se puso en los montes, pues una noche, estando durmiendo, le rodeó dos veces la tienda un tigre.

Era admirable su caridad, y tal, que si le llamaban á una confesión estando comiendo, dejaba de la boca el bocado y se ponía en camino á cualquiera distancia; y no fueron sin misterio estas vigilancias, como lo dirá un caso que le sucedió con un Fiscal, el cual fué notablemente descuidado con los de su parcialidad, y por su descuido, en ausencia del Padre, murieron algunos sin confesión; lo cual, sabido del Padre, le movió tal sentimiento, que le dijo con espíritu (al parecer profético): «De parte de Dios te aviso que has de tener muerte semejante si no te enmiendas;» dentro de ocho días murió de repente sin confesión el dicho Fiscal, sin accidente ó enfermedad que le ocasionase la muerte. Pagábale Nuestro Señor de contado tan santo celo, granjeándole estimación y veneración con los indios, y más con un caso que le sucedió con un indio, el cual había muerto ó lo parecía, sin confesión; y sabiéndolo el Padre se afligió sobremanera, lastimado del estado de esta alma. Trajéronle á enterrar, y al empezar á cantar el responso, el Padre, movido de un interior impulso, le mandó sacar del féretro y desenvolverlo; púsole sobre el corazón la mano y le pareció que todavía le palpitaba; aplicóle un espejo á la boca y juzgó que vivía; absolvióle *sub conditione*, por lo que podía suceder; mandó aplicarle algunos remedios, con que revivió y sanó perfectamente, ayudado de la caridad del Padre; caso con que después cada vez que el indio veía al Padre, con grande risa y alegría le solía decir: «yo soy el que resucitaste, dame tasajos de carne y maíz, porque